

UNA SEMANA DE DESINTE

ESTA fina película, este débil barniz que pinta la tierra y que llamamos vida, tiene ahora quizá quinientos millones de años. Desde que tal vez una tormenta —según una teoría científica reciente— determinase el principio de la vida orgánica, la primera gota de barniz, hasta que se produjo por primera vez un hombre completo, con todo su prodigioso instrumental anatómico, pasaron —dicen— cuatrocientos noventa y nueve millones y medio de años, en los cuales la vida progresó incesantemente, pero seguramente. Este hombre al que llamamos primitivo pasó probablemente decenas de milenios viviendo de la caza hasta que hizo su primera revolución, la revolución agrícola; y una decena de milenios más tuvo que transcurrir hasta la segunda revolución, la revolución industrial, en la que todavía nos encontramos porque no ha terminado de desarrollarse, cuando ya probablemente se inicia una tercera revolución, la del espacio. Esta es en unos rasgos enormes, abultados, casi grotescos a fuerza de querer ser sucintos, la historia del progreso; y por cómica que sea esta contracción, ya pueden advertirse en ella tres rasgos esenciales y constantes del progreso: su continuidad, que es incesante; su permanencia, que en quinientos millones de años no ha podido romperse a pesar de su insignificancia —en proporción con la magnitud del Universo conocido—; y finalmente, la celebración uniforme de su movimiento, es decir, el acortamiento de plazos entre un avance significativo y otro. Cada etapa es cada vez más corta. Y estas consideraciones sirven para calificar la historia del progreso con una característica: la irreversibilidad. Ni se destruye, ni se detiene, ni camina hacia atrás, ni alarga sus plazos. Todas estas explicaciones vienen a matizar, a moderar muchísimo, una afirmación que hay que aplicar al momento histórico, al instante político actual: que estamos en un período antiprogresista. Aplicar los grandes reflectores de la Historia de la Humanidad a examinar la ruptura de la alianza de una cierta izquierda francesa en torno a Gaston Defferre, las torturas que hombres infligen a hombres en el Vietnam del Sur, las luchas por la democracia en Santo Domingo o en el Yemen, la inclinación hacia la derecha de Argelia tras el golpe de Bumedian, la paralización de la Conferencia afroasiática, de la ONU y del Mercado Común, puede parecer fácilmente una pedantería. Quizá lo sea. Pero es ciertamente la única forma de explicar que estamos en una etapa antiprogresista, que están en marcha unas poderosas fuerzas que contienen el progreso político; pero que la sensación de catástrofe universal, de consolidación negativa definitiva, que pueda dar este momento, no es más que un puro error de perspectiva en la observación. Tienen apenas la importancia de una resaca, y llevan su propia muerte en su seno.

Al referirme al progreso político lo hago en un sentido muy concreto. No me refiero a ninguna clase de doctrina, ni siquiera a las nociones de izquierda y derecha, que apenas tienen hoy un significado puramente local y son tan distintas en cada zona del mundo que lo que en algunas se considere derecha en otras resulta ser extrema izquierda. El progreso, en su sentido político, es una tendencia de las poblaciones del mundo hacia su integración. Desde el cazador solitario —o, simplemente, emparejado— hacia las grandes asociaciones, las religiones comunitarias, los esquemas de organización mundial hay una tendencia a la cohesión y a la integración que coincide claramente con los otros avances del progreso. «Día tras día —escribe el profesor Cipolla, de Historia Económica— el mundo parece más pequeño y sociedades que durante milenios se ignoraban prácticamente unas a otras entrar repentinamente en contacto... o en conflicto». Y Bertrand Russell: «El mundo aparece ahora como una unidad no sólo para el astrónomo, sino para el ciudadano ordinario».

DURANTE la semana pasada el mundo ha asistido a tres espectáculos importantes en el sentido contrario, en el sentido de la desintegración. El aniversario de la fundación de las Naciones Unidas ha transcurrido de una manera casi luctuosa y las ceremonias de la Opera de San Francisco, que debían haber sido entusiastas, han constituido casi un acta de defunción (1), en las que podía presentirse el fin del mundo... Casi al mismo tiempo, la Conferencia de las naciones africanas y asiáticas que debía celebrarse en Argel ha tenido que ser suspendida —hasta noviembre— en razón del repentino y misterioso golpe de Estado que creaba condiciones de inseguridad en la capital de Argelia. No acabo —pese a mi artículo anterior— de digerir la idea de que entre el golpe de estado local argelino y la suspensión de la conferencia de Argel no haya más que una relación puramente casual. Pero tampoco acabo de creer que el pretexto del golpe de Estado y de las condiciones de inseguridad relativa sean suficientes para interrumpir esa conferencia, que indudablemente podría haberse celebrado sin la oposición de las naciones que podemos llamar —por utilizar un término fácil de comprender— conservadoras, dentro del bloque. Es decir, que las fuerzas de desintegración presentes en el mundo afroasiático, y que han sido recientemente revisadas en este mismo semanario, han sido superiores a las de integración, y que han aprovechado —si no lo han fomentado— el incidente de Argel para interrumpir una reunión donde iban a tratar de superarse las numerosas contradicciones internas que existen en el llamado bloque afroasiático. El tercer suceso es el de la dramática interrupción de las conversaciones del Mercado Común, como consecuencia de la actitud francesa. «La máquina de hacer y deshacer Europa se ha puesto en marcha una vez más en Bruselas, en el Consejo de Ministros de los Seis», decía un comentarista internacional (Geneviève Tabouls, en «Paris-Jour»). Si nos atenemos al resultado, la máquina se ha desatado en el sentido de «deshacerse» Europa, puesto que las reuniones terminaron en el momento previsto —alargando de una manera cómica, pero que tiene muchos presentes en la vida parlamentaria; a medianoche se detuvieron las agujas del reloj de la sala de sesiones para que pudieran prolongarse las discusiones de una manera «legal»— sin acuerdo. Un recurso de última hora —retrasar la discusión hasta el 26 de junio— salvó en ese momento al Mercado Común de la desaparición definitiva. La amenaza estaba planteada por De Gaulle, que quería que para esa fecha quedase adoptada una política agraria común europea —lo que se ha llamado «la Europa Verde»— y amenazaba con retirarse definitivamente. Ni se ha conseguido esa política común, ni Francia se ha retirado definitivamente; pero la herida en el costado del Mercado Común es grave. Sería quizá demasiado elemental buscar solamente en esta razón de técnica económica la amenaza francesa. Hay que buscarla también en causas políticas. El problema esencial para el general De Gaulle es que se acerca la fecha del 1 de enero de 1966, y en esa fecha las decisiones que tomen «los seis» no necesitarán, como hasta ahora, la unanimidad, sino simplemente la mayoría. Francia está hoy aislada de Europa por su política de independencia respecto a los Estados Unidos y —lo que temen más sus precarios aliados— por sus deseos de hegemonía europea, y la aplicación de la Ley de la mayoría no entra en sus proyectos. Pero poco a poco avanza la idea —principalmente holandesa— de crear una Europa supra-nacional, integrada y parlamentaria; y esa fórmula de integración no coincide con la del

(1) En este mismo número, un artículo de Juan Añelaván sobre la O. N. U. (N. de la R.).

GRACIONES

Por **EDUARDO HARO TECGLEN**

general De Gaulle, con su acariciada y antigua idea de la «Europa de las patrias», en las que los ideales del nacionalismo, tan amados de los franceses, no se pierden en una unidad superior. Un desgarramiento similar hería a los señores feudales de la Edad Media, a los pequeños reinos, en el momento de la constitución de las nacionalidades. Y, sin embargo, las guerras y las rebeliones no consiguieron entonces evitar aquel paso hacia una integración superior. Ineluctablemente, el 1 de enero de 1966 verá la integración de las instituciones europeas. Esto es, la CEE, que controla el carbón y el acero, la Euratom que domina la energía nuclear para usos pacíficos, la CEE, que tiene en sus manos el petróleo y la electricidad. Y las Naciones del Mercado Común se encaminarán, pese a todo, a un régimen supranacional. Aunque sea con reticencias, con dificultades, con aparentes imposibilidades...

LA vida media de un hombre, en el mundo occidental, se aproxima a los setenta años (en la India es solamente de 34 años, y en torno a esa aterradora cifra se sitúa en casi todos los países subdesarrollados). Si se descuentan los años del limbo infantil y de la senectud, el período de adaptación de los jóvenes a la vida activa, la fecha del retiro para los maduros, nos encontramos con que el plazo de participación en el mundo y de recepción directa de los frutos de su esfuerzo para un europeo o para un americano es de treinta, todo lo más cuarenta. Por eso parece un poco incongruente explicar a un hombre que lo espera todo del progreso de su tiempo, en su desarrollo, que vuelva atrás la vista en unos quinientos millones de años para considerar que el progreso no está muerto, sino más vivo que nunca, y que adopte esa misma visión a largo plazo para considerar el futuro. Para el americano que cae de un mortero en la base de Da Nang, para el guerrillero vietcong ejecutado al amanecer en un mercado de Saigón, para la muchacha dominicana que muere de una bala perdida, no hay justificación posible en el paso de la historia. Su historia personal ha empezado y ha terminado ya. Para el hombre medio de países que están ahora a salvo, pero que ven con terror que para ellos y sus hijos —un microcosmos, un resumen de la Humanidad entera— se aproxima una guerra nuclear, es un flaco consuelo decirles que el camino del progreso a gran escala es irreversible. Pero sí se les puede decir que la historia es obra de todos, que no se trata de un destino inevitable, que el libre albedrío y la libre determinación son precisamente los componentes del progreso y que, por lo tanto, todo fracaso de la Humanidad es el fracaso de una comunidad de individuos. Los movimientos de desintegración actuales son fruto de un artificio, de unas doctrinas políticas que no han sido respaldadas por las mayorías nacionales que aparecen representadas en ellas y, por lo tanto, no tiene posibilidad de duración. No ya a largo plazo, sino también a corto plazo. Cada vez que se siembra en esta tierra una esperanza, la esperanza fructifica. Las que quedaron planteadas en la época de conjunción internacional de Krustchev, Kennedy y Juan XXIII no cesan de fructificar y ya no es posible volver atrás, sean las que sean las fuerzas artificiales y puramente momentáneas que se opongan a ellas.

¡SENSACIONAL! LECHE DEPILATORIA Stingari



- No produce irritación
- Suavidad y tersura inigualables
- Exenta de olores desagradables
- Agradablemente aromatizada
- Sistema de aplicación único y original mediante su bola deslizante



Y también dos nuevos
productos de la línea

Stingari



desodorante



emulsión
bronceadora

SEGURA - BARCELONA